

# El Madrid de la posguerra

JOSÉ ÁNGEL GARCÍA BALLESTEROS  
Y  
FIDEL REVILLA GONZÁLEZ

Subvencionado por:



*Madrid, 2006*

© Universidad de Mayores de Experiencia Recíproca

Sede Social: c/ Abada 2 5º 4-A

28013 Madrid

Depósito Legal: M-52268-2006

Maquetación: A.D.I. C/ Martín de los Heros, 66. 28008 Madrid. Telf.: 91542 82 82

# EL MADRID DE LA POSGUERRA

(EN LA MEMORIA DE ALGUNOS SOCIOS DE LA UMER)

RECOPILACIÓN Y REDACCIÓN DE  
JOSÉ ÁNGEL GARCÍA BALLESTEROS Y FIDEL REVILLA GONZÁLEZ

## Introducción

Este cuaderno responde a uno de los objetivos de la UMER: compartir las experiencias entre los socios de la misma. Nos ha parecido oportuno recoger algunas de las vivencias de quienes vivieron en Madrid en los años 1940-50 y recuerdan aspectos interesantes de su vida. Es cierto que muchos de nuestros recuerdos están posteriormente tamizados por las lecturas, las informaciones y las conversaciones pero, en todo caso, guardan elementos singulares y experiencias difíciles de olvidar.

No pretendemos hacer un trabajo de historia oral en el sentido estricto del término, sino que intentamos recopilar y contrastar con informaciones de la prensa o de memorias y escritos de la época. Queremos dejar constancia de los recuerdos de cuatro personas de nuestra asociación de características y edades diferentes:

Paco Soler, que durante la guerra vivía en una pensión cerca de la iglesia de San Sebastián en el centro de la ciudad; Paco Acebes, que nació y vivió en la calle Bustamante, en el barrio de las Delicias; Ángeles Méndez, quien nació y vivió en la calle Vallehermoso, entre Donoso Cortés y Joaquín María López; y Augusto López que vivió con sus tíos en la calle Arenal y trabajó mucho tiempo en la calle Montera.

Sus vivencias fueron diferentes, aunque tuvieron algunos elementos en común, como son el uso de la calle para jugar y estar, los paseos a la escuela, los recorridos largos que se hacían por sus barrios y por otros limítrofes, etc.

Nos hemos centrado principalmente en aquellas cuestiones que afectan principalmente a un niño o a un joven: cómo eran sus casas, cómo era su escuela, a qué jugaban, cómo se divertían, las dificultades de la vida de aquellos años, las cartillas de racionamiento, el estraperlo, etc. Es evidente que en las horas que dedicamos a hablar, aparecieron otros temas y otras vivencias que también quedan recogidas.

Completamos la publicación con unas breves referencias biográficas a los dos primeros alcaldes del franquismo y una cronología que enumera algunos acontecimientos relevantes de la época.

## **Calles y barrios del Madrid de la posguerra**

Para comenzar, podemos hablar de la zona centro, un barrio en el que en las últimas décadas se están sucediendo multitud de cambios, algunos no demasiado positivos para la ciudad.

La distribución y la función de las calles de la zona de la Puerta del Sol no han cambiado demasiado en los últimos años, pero sí que lo ha hecho el tipo de negocio que allí podemos encontrar.

Augusto nos dice que él trabajó durante casi 40 años en la tienda de su tío, en la calle Montera, y que hacia finales de la década de los 40 y comienzos de los 50 existían más de 30 camiserías de las que actualmente sólo queda una. Como el resto del barrio, esta calle era muy comercial y muy ajetreada, con tranvías y coches pasando continuamente desde la Puerta del Sol hasta la Red de San Luis.

Muy comercial eran la calle Preciados, la del Carmen o la de Carretas, todas ellas repletas de pequeños negocios que poco a poco fueron dando paso a grandes empresas multinacionales como Galerías Preciados, El Corte Inglés o Zara. El primero de estos macrocomercios fue fundado por Pepín Fernández en la parte alta de la calle del Carmen, en una manzana entre la calle Rompelanzas y la plaza del Callao, en el lugar que ahora ocupa el edificio de FNAC. El mencionado empresario poseía anteriormente otro negocio no muy lejos de ahí, concretamente en la calle Carretas, que se llamaba Sederías Carretas (que se mantuvo incluso hasta el cierre del mismo Galerías Preciados, siendo sustituido por un local de la empresa Zara). El Corte Inglés abrió en un antiguo local del número 3 de la calle Preciados ocupado en esas fechas por una pequeña sastrería de la que tomó el nombre, creciendo posteriormente hasta alcanzar la extensión actual. En todo este barrio existían además tiendas típicas del momento como la sombrerería Zapater, en la que se podían encontrar sombreros de caballero como aquellos tiroleses que se llevaban para la caza. Finalmente también podría mencionarse la desaparición del mercado del Carmen, edificio de la

arquitectura del hierro madrileño que tendría un aspecto muy similar al mercado de San Miguel.

Todo lo contrario pasaba en la calle Arenal, donde residían Augusto y sus tíos, siendo un barrio mucho menos movido que en nuestros días. La de sus tíos era una casa bastante amplia, ubicada en la zona de la iglesia de San Ginés, sobre el Teatro Eslava, (hoy Joy Eslava) con altos techos y suelos de tarima. Cuando sus primos fueron haciéndose mayores, Augusto se trasladó a una residencia cercana, frecuentada fundamentalmente por estudiantes de provincias, no demasiado estudiantes, por cierto. En los años 80 sus tíos vendieron el negocio de la calle Montera por el aumento de la prostitución, fenómeno que hasta ese momento se daba en zonas puntuales como la calle Jardines, Caballero de Gracia o la Red de San Luis y que en esos años comenzaba a tomar todo el barrio.

En la zona de Delicias el tipo de vida era muy distinto, lo cual quedaba reflejado en los locales comerciales y en los bloques de viviendas que había. Como nos cuenta Paco Acebes, era común la existencia de bloques de pisos levantados allá por los años 1910-20 como los de la calle Bustamante, compuestos por cuatro alturas (tres de pisos y la inferior ocupada por sótanos azotados por la humedad en los que únicamente se abría un pequeño ventanuco de ventilación). También había bastantes casas de corredores y antiguos corralones. Las calzadas estaban empedradas y las aceras enlosadas, con farolas que, primero fueron de gas y luego de luz eléctrica (con lo que fue desapareciendo la figura del farolero). Las viviendas podían ser interiores o exteriores, siendo las primeras más pequeñas que las segundas. La mayoría contaba con 2 o 3 habitaciones, un comedor, una cocina y un retrete (sólo en esta última estancia había puerta). Se convivía de una manera mucho más cercana a la que ahora se da. No era raro que la misma llave abriera varias viviendas, aunque eso no quitaba para que entre vecinos se llamasen siempre de usted (señor “tal”, señora “cual”).

En esta zona era corriente el alquiler de habitaciones, como en la calle Áncora, 5, edificio de siete plantas sin ascensor. En los pisos podían llegar a convivir hasta 5 o 6 inquilinos, compartiendo la cocina y el retrete. Cabría destacar la utilización de astillas de madera y carbón de piedra y vegetal para los fogones donde los huéspedes preparaban las comidas separadamente.

Como hemos dicho, ésta no era una zona comercial como la de Sol, sino que lo que abundaban eran empresas del sector secundario, alrededor de la que giraba la vida de la mayor parte de la población del barrio: Boetticher y Navarro, Schneider, La Comercial de Hierros, Tabacalera, Philips, Panificadora Española, Standard Eléctrica, Numancia (luego llamada Flex) o El Águila. Todas estas empresas tenían su sede en la calle Méndez Álvaro y los alrededores del paseo de las Delicias, aprovechando las facilidades de transporte que daba la cercanía del ferrocarril. Muy cerca

de los antiguos cementerios de San Sebastián y San Nicolás estaba la fábrica de cervezas El Águila, de la que diariamente salían carros tirados por dos caballos percherones que repartían los barriles de cerveza por Madrid, a un ritmo lento pero seguro.

Aún recuerda Paco Soler que toda esa zona era frecuentada por varios de los oficios que poco a poco han ido desapareciendo de Madrid. Allí había aguadoras que vendían agua en botijos, pipas o altramuces; afiladores de cuchillos que se anunciaban con el tañido de una ocarina; paragüeros-lañadores que restauraban cacharros de metal; teleros que vendían sus telas a crédito (con altos intereses); mieleros que ofrecían miel de la Alcarria, chatarreros, traperos/basureros y colchoneros. Estos últimos, tras el lavado de la tela del colchón, ahuecaban la lana golpeándola con varas de Fresno un tanto curvadas para eliminar las pellas que estaban en malas condiciones, dejándolas listas para un nuevo uso. A veces los padres sacaban parte de la lana para que los hijos recién casados hiciesen su propio colchón. El trapero recorría las casas de los barrios madrileños recogiendo la basura para llevarla hasta su casa, normalmente en los distritos de Tetuán o Vallecas, y seleccionar lo que pudiera ser aprovechable. En unos casos echaba los desperdicios de comida a los animales (cerdos, gallinas, etc.), mientras que en otros reutilizaba objetos arrojados a la basura o los revendía como chatarra. Al final del año, los traperos solían agradecer la colaboración a sus “clientes” con pequeños regalos: unos huevos o algún producto de la matanza del cerdo. Finalmente, se puede mencionar la desaparición de vendedores de novelas por fascículos, mensuales o semanales, destacando títulos como “La ciegucecita”, “Ángeles del arroyo” o “Genoveva de Brabante”.

Los cementerios antes mencionados se utilizaron desde que José Bonaparte prohibió el entierro en los alrededores de las iglesias del centro de la ciudad, siendo enterrados en ellos personajes tan ilustres como Calderón de la Barca, Larra, Espronceda o el general Serrano. Fue a partir de los años 20 cuando dejaron de servir como camposanto, aunque permanecerían allí algunos nichos (algunos utilizados para dormir en los primeros años 40) hasta los años 50. Entonces comienzan a desaparecer los descampados en los que se jugaba al fútbol o a las chapas (aquella lotería en la que se tapaban los números con chapas y se apostaba de forma clandestina). Desde finales de los 60 se empezó a urbanizar la zona, abriéndose algo más adelante el acceso a la calle Méndez Álvaro.

Entre las calles de Delicias, Áncora y Batalla de Brunete estaban los lavaderos cubiertos de San Dámaso, en los que se podía lavar y tender. Luego se convirtieron en un cine de verano y, más tarde, en bloques de edificios.

La mayoría de los vecinos eran de provincias, procedentes de toda España, aunque en menor número del País Vasco y Cataluña. Eran obreros sin cualificar, casi

todos de tendencias progresistas y antiguos combatientes voluntarios en las filas de la República.

El control que impuso el régimen franquista durante la posguerra incluía la existencia de jefes de distrito, de barrio y de casa, cargos que recaían en personas afectas al régimen. En la mayor parte de los casos eran falangistas los que ocupaban el cargo, siendo los encargados de conocer las tendencias políticas de sus vecinos (cosa que en muchos casos no era difícil conocer por la trayectoria ideológica de cada familia). Para entrar al mercado laboral era necesario sacar un “carné de paro”, documento que extendía el jefe de distrito tras revisar los papeles iniciados por el jefe de casa y visados por el de barrio.

En la calle Vallehermoso vivía Ángeles. Era una casa moderna que tenía incluso ascensor. La vivienda era un bajo de cinco habitaciones (un cuarto de estar y cuatro dormitorios) con baño incluido. En la casa vivían hasta nueve personas: sus padres, sus cinco hermanos, la abuela, la criada y ella misma. Fue ésta una zona muy castigada por los obuses durante la guerra, aunque en los años de posguerra las calles se convirtieron en zona de juego habitual de los niños y las niñas del barrio.

Su padre era maestro y su madre funcionaria (trabajaba en las oficinas del conservatorio). Tenían un economato especial por ser funcionarios, aunque también acudían al mercado negro para comprar ciertos productos.

Según la obra de Bravo Morata titulada Historia de Madrid, en las afueras de la ciudad las clases bajas llegaban a utilizar las trincheras y los blocaos como calles y chabolas. Esto sucedía por ejemplo en la zona del Parque del Oeste, barrio en el que las calles tenían nombres heredados de la guerra (calle de la Paz, de la Tranquilidad, del Quince y Medio, etc.), y las “casas” se habían numerado. Se conservaban carteles indicativos de la guerra como “Por aquí, al Jefe de Anticarros”, “Al puesto de mando de la Brigada”, “Cantina de la 22 Brigada”... Incluso había diferencias sociales entre los habitantes de estos suburbios, quedándose los menos pobres con los blocaos más grandes mientras que los más desfavorecidos ocupaban simples nidos de ametralladoras. En esos barrios había puestos de comestibles y se vendían los restos de metralla que quedaba del conflicto, aunque a veces provocaban accidentes por incluir en el trato bombas o proyectiles sin explotar.

## **Transportes y comunicaciones**

Los efectos que la Guerra Civil produjo en la economía en general y en los medios de transporte en particular hizo que la mayoría de los desplazamientos de corta o media distancia se realizaran a pie. La mala situación económica de muchos madi-

leños aconsejaba eludir el pago diario del billete de metro o tranvía, y procurar hacer a pie el camino al trabajo o al comercio.

### *Tranvía*

El material móvil de tranvías sufrió mucho durante la Guerra Civil. Al terminar la guerra sólo quedaban 158 coches en condiciones de rodar y las líneas de habían reducido a 16. En 1943 ya había 35 líneas y en 1947, 47. La red de tranvías madrileños se hizo bastante amplia, por lo fue un medio de transporte muy utilizado...

Los trayectos costaban entre 10 y 25 céntimos, aunque el precio variaba en función del trayecto y de la línea que se utilizase (las más nuevas costaban más). Por ejemplo, los tramos de Quevedo a Sol o de Embajadores-Sol-Moncloa valían 10 céntimos, mientras que la línea especial que llevaba a Cuatro Vientos costaba 25 céntimos, como bien recuerda Ángeles.

En la parte delantera del tranvía solían estar reflejadas las normas de comportamiento, como ahora tenemos en cualquier autobús, tren o metro de la capital: no fumar, no hablar con el conductor, no apearse en marcha, no escupir, etc...

Los tranvías tenían una parte cerrada y otra abierta, con la famosa “jardinera” en la parte posterior, en la que se encontraba el tope. En 1945 se pusieron en circulación otros tranvías más alargados y totalmente cerrados. El color de los coches era muy llamativo, lo que les valió el apelativo de “cangrejos” (los de color rojo) o de “canarios” (los amarillos), aunque con el paso del tiempo iban perdiendo el color (por Ciudad Lineal iban otros tranvías de color blanco). Nuestros contertulios nos recuerdan que por esas fechas circulaba un chiste que decía: - Un payaso del circo preguntaba: “¿Cuál es el colmo de un navegante?”, a lo que otro contestaba: “cruzar el Pacífico en un cangrejo”.

Muy típico era el sonido de los coches al tomar una curva, el roce del cable, el paso por la clave de las columnas o el ruido del freno del tranvía. Éste no era demasiado seguro ya que funcionaba gracias al uso de un mecanismo que combinaba una especie de discos a los que se aplicaba la arena que se almacenaba en la parte superior. Por ello podemos decir que los accidentes de tranvía fueron relativamente frecuentes, destacando los que se produjeron en el puente de Toledo, en Delicias o en la calle Segovia (el tranvía número 15 tenía que salvar la peligrosa bajada hacia el Manzanares).

Los coches solían ir abarrotados de pasajeros, nunca mejor dicho “hasta los topes”, con continuas subidas y bajadas de viajeros, en muchas ocasiones con el tranvía aún en movimiento (muchos lo llamaban “las carrozas de todos”).



El trabajo de conductores y cobradores era complicado, ya que tenían que sortear a los viajeros que iban agarrados a las barras y controlar el trayecto que habían hecho para cobrar el billete (éste salía de la típica expendedora con tapa de cinc). En caso de encontrarse con viajeros en los estribos que no querían pagar, el cobrador podía llegar a arrojarles arena e incluso a golpearles hasta que conseguía que se soltaran. Sin embargo no siempre eran tan mal intencionados, ya que en ocasiones regalaban los tacos gastados de los tickets a los niños que se lo solicitaban.

Con el paso del tiempo los tranvías van siendo sustituidos por autobuses y trolebuses, quedando sólo las vías empotradas en el empedrado como recuerdo de lo que allí hubo. La agilidad y rapidez del nuevo medio de transporte, los dos pisos del autobús, sus escasas averías y sus asientos de cuero harían de él el mejor vehículo de la época.

### *Metro*

El ferrocarril suburbano, más conocido como el “Metro”, facilitaba los traslados bajo tierra, rozando los cimientos y los sótanos de los edificios madrileños.

El viaje en Metro dependía también del trayecto que se realizase. El viaje de Quevedo a Sol valía 10 céntimos. Los billetes se adquirían en taquilla indicando a la taquillera el lugar de destino. A veces, para economizar 5 céntimos, se solicitaba hasta una parada anterior.

### *Otros medios de transporte*

El transporte de mercancías se solía realizar por medio del uso de carritos de mano que eran alquilados por horas (cosa que actualmente podemos ver en el barrio de Lavapiés). Por las calles madrileñas se podían ver a diario carros con cajas de pescado para su venta ambulante. El carbón o las legumbres de la plaza de los Carros, las maletas de la estación de Atocha, todo ello era transportado a mano por mozos de carga, aunque también existía la posibilidad de alquilar furgonetas para los pasajeros que llegaban a Madrid desde provincias.

El uso de animales de tiro no era demasiado habitual por la imposibilidad de mantenerlos en la ciudad, aunque gitanos y traperos sí que lo hacían.

A diferencia de otras ciudades europeas e incluso españolas, el uso de la bicicleta como medio de transporte no era nada habitual en Madrid en los años 40. Sólo las restricciones y la carestía de la gasolina llevaban a algunos a superar el miedo al ridículo, a la chanza fácil en una ciudad tan dada a ello.

Los taxis urbanos vinieron a sustituir a los coches de punto, llamados comúnmente “simones”. Conductor y pasajero iban separados por una vidriera que podía descorrerse en su parte central. La principal preocupación de los usuarios era saber si la bajada de bandera era exacta o si el aparato funcionaba correctamente o no. Así, antes de acceder al coche preguntaban al taxista: “El marcador, ¿está sano o no?”.

La relación con los pueblos de los alrededores de Madrid se hacía en trenes de madera o coches de línea. Dentro de la capital había un gran número de estaciones, la mayoría de ellas ya desaparecidas: Goya, Peñuelas, Niño Jesús, Paseo Imperial, Delicias, etc... Este medio de transporte era mucho más lento e incómodo que en la actualidad: el recorrido Madrid-Toledo era de 2 horas y media, todo él en bancos de madera que carecían de cualquier tipo de comodidades.

Las contadas comunicaciones telefónicas que se hacían llegaban a los bares o las casas de comidas de las esquinas de los bloques de viviendas, en los que, además de poder calentar la comida de medio día a cambio de consumir la bebida, se podía recibir llamadas telefónicas. Una de ellas era La Ochava, ubicada en la esquina de la mencionada calle Bustamante con el paseo de las Delicias, muy cerca de donde vivía Paco Acebes. En otras ocasiones, cuando se quería poner conferencias a familiares se bajaba hasta la oficina más cercana de la Compañía Telefónica para pedir “aviso de conferencia”, de modo que quien fuese a recibir la llamada estuviera en la fecha y la hora concretada en la centralita del pueblo.

Más tarde, se hizo habitual comprar fichas en el bar de la esquina para hacer una llamada telefónica, aunque cada vez fuera más común la existencia de aparatos de teléfono en las casas. Funcionaban ya casi 90.000 teléfonos en la capital, estando distribuidas alrededor de 148.000 fichas (éstas eran doradas y tenían hendiduras y flechas, siendo devueltas una vez acabada la conversación). Había teléfonos de pared o de mesa. Los del cuarto de baño (escasísimos) eran blancos, mientras que el resto solían ser de color negro.

Finalmente, hay que mencionar la radio como uno de los medios de comunicación más comunes de esos años (aunque su compra resultaba bastante onerosa) y, además, el mejor compañero de los madrileños de la posguerra. Era un medio de comunicación de masas que llegaba de una manera más o menos sencilla a las casas más humildes y a los hogares de personas que desafortunadamente eran analfabetas (una gran cantidad de residentes en Madrid lo eran en el Madrid de los 40).

## **El colegio**

Para conocer cómo era la educación durante los años de posguerra de nuevo hemos acudido a Paco Acebes.

Su colegio se llamaba Colegio Grajales y estaba en el 37 de la calle Batalla de Brunete (hasta el año 1939 se había llamado calle de Riego, en honor de Don Rafael de Riego, general popular que restauró la Constitución, fue ahorcado por ello en la plaza de la Cebada y dio su nombre al himno republicano). Era un edificio de tres plantas. Las aulas estaban en la planta baja y en el primer piso, mientras que la planta alta servía como residencia al propietario y director, Don Jesús Fernández, su mujer, Doña Luisa, ambos maestros nacionales, y a su única hija, María Luisa, unos años menor que Paco.

Era uno de los escasos colegios de barrio autorizado para la Enseñanza Primaria y de Bachillerato. Por las tardes, después de haber terminado las clases de Primaria, se daba Academia (básicamente Cultura General dirigida a chicos y chicas de hasta catorce años en que empezaban a trabajar). En los primeros años de Primaria y en los de Academia había clases separadas para chicos y chicas, pero en el nivel de Bachillerato la enseñanza era mixta. Sólo el Bachillerato estaba homologado; en los demás niveles no existían grados ni cursos.

Las clases de Primaria estaban divididas en “pequeños” y “mayores”, según la edad y conocimiento de los alumnos y el juicio del profesor. Los “pequeños” estaban todos juntos en un aula grande, alineados en mesas y bancos largos, disposición que posiblemente facilitaba el control del único profesor. En los otros niveles se utilizaban pupitres de madera de dos plazas, provistos de dos tinteros y una cajonera para cuadernos y libros. Se escribía con una pluma de acero inserta en un palillero. La tinta se compraba en tinteros o se fabricaba en casas con unos polvos azules. Se permitía el castigo físico que solía consistir en uno o varios palmetazos en la mano con una regla de madera gruesa, o en una o dos bofetadas. Los chicos repetían rumores sobre profesores castigados por el Ministerio de Educación por haber saltado a palmetazos las yemas de los dedos a algún alumno, o que si uno se frotaba la palma de la mano con ajo se rompía la regla al golpearla, pero parece que estos rumores no pasarían de la imaginación infantil. Los castigos solían impartirse por faltas como hablar excesivamente en clase, no haber estudiado, no haber hecho los deberes de casa, arrojar a otro alumno el cepillo de la pizarra o haber vertido tinteros jugando. Los alumnos se debían poner en pie cada vez que entraba un adulto al aula.

Todas las aulas estaban obligatoriamente presididas por un crucifijo y los retratos de Franco y de José Antonio Primo de Rivera, fundador de la Falange. La asignatura de Religión era obligatoria en todos los niveles. Los pequeños aprendían de memoria

el catecismo del Padre Jerónimo de Ripalda. Paco recuerda que lo que más le intrigaba era el misterio de la Trinidad, porque no podía imaginarse cómo se podía ser hijo, padre de sí mismo y paloma, especialmente paloma, todo al mismo tiempo. Pronto empezó a preocuparle el hecho de que, por no estar bautizado, el pecado original con que había nacido no se le había borrado por el bautismo como a los demás niños, y se veía en el Limbo por toda una eternidad junto a recién nacidos e inocentes paganos.

El ciclo de enseñanza primaria se comenzaba haciendo palotes en cuadernos, para pasar a copiar palabras sueltas o frases a lo largo de una plana y a hacer ejercicios de redacción a lápiz o a pluma. Para las clases se utilizaba como texto único la Enciclopedia de Grado Medio, de la editorial Dalmau Carles. Las tablas aritméticas las aprendían cantando: “Una por una es una; dos por una, dos; dos por dos, cuatro; dos por tres, seis...” “y así hasta la tabla del 9. También cantaban textos de la Enciclopedia como: “España limita al Norte con el Mar Cantábrico y los montes Pirineos que la separan de Francia. Al Este, con el mar Mediterráneo. Al Sur, con el mismo mar y el estrecho de Gibraltar. Al Oeste, con el océano Atlántico y Portugal”, o bien “Los ríos de España son: el Miño, el Duero, el Tajo y el Guadiana, Guadalquivir, Segura, Júcar y Ebro”. Las sumas y restas se comprobaban mediante una prueba inversa. Las divisiones, por la llamada “prueba del 9”. El profesor dictaba textos gramaticales, generalmente sacados del libro de Análisis gramatical, de Miranda Podadera. Cada palabra mal escrita tenían que repetirla entre 10 y 100 veces como castigo. También les dictaban los enunciados de problemas a resolver, muchos de ellos como deberes caseros diarios.

Los horarios de enseñanza primaria eran de 9 a 13 horas y de 14:30 a 17, de lunes a sábado, excepto los jueves que solo había clases por la mañana. Estudiaban Gramática, Aritmética y Geometría por las mañanas; Geografía, Historia y Ciencias Naturales por las tardes.

Paco nos dice: “El colegio era mi vida. Estaba tan cerca de mi casa y yo era tan puntual que generalmente esperaba sentado en el escalón de acceso hasta que abrían la puerta. Durante los recreos, como no había patio y rara vez pasaba un coche, solíamos jugar en la calle frente al colegio”.

Pasando ya a la etapa del Bachillerato, Paco pasa el examen de ingreso en el Instituto de San Isidro el día 4 de junio de 1945. Recuerda que el día anterior estaba muy nervioso ante el primer examen oficial de su vida. Se fue solo, muy temprano, muerto de miedo, andando hasta el Instituto. El Instituto de San Isidro, situado al inicio de la calle de Toledo, era un imponente caserón terminado en 1651 que, hasta 1845, fue Colegio Imperial de la Compañía de Jesús, o de los Estudios Reales. Las

aulas de exámenes le parecieron enormes y los tres catedráticos que le tomaron el examen oral tras un imponente estrado aterrizaron a cualquiera.

Del largo interrogatorio recuerda que le preguntaron si sabía de qué país era capital Tegucigalpa a lo que no supo contestar. También le pidieron nombres de lagunas de España, a lo que nos dice “A mi, que algo debía estar influenciado por las consignas del régimen y la cantinela de “Por el Imperio hacia Dios”, me pareció que eso de lagunas era muy poco para un Imperio y contesté que España no tenía lagunas”. El examen escrito sobre temas habituales le resultó fácil. Después hicieron una redacción de alrededor de una hora sobre el tema del descubrimiento de América, al que el almanaque de Chicos de ese año había dedicado varias páginas que Paco había leído más de una vez.

Total que con la ayuda de Chicos, una letra barroca pero bastante legible, la ortografía pulida por los dictados del Miranda Podadera y algunas preguntas que debió contestar con cierta sensatez dentro de ese estado de nervios, obtuvo el número 14 de las 108 Matrículas de Honor que acordaron. Parece ser que el número debería haber sido sólo de 96 pero como no había suficiente para los compromisos adquiridos con los colegios religiosos y castrenses lo aumentaron en 12 más. Una de ellas fue para Paco, lo que emocionó muchísimo a don Jesús, el director de su colegio. “A mí, sin embargo, lo que más me impresionó fue ver las listas de aprobados finales con saltos de más de cien nombres y pensar que, de haberme suspendido, no hubiera tenido más oportunidades habida cuenta de lo que costó obtener la aprobación de mi padre”, dice él.

En octubre de 1946 Paco comienza el primer curso de bachillerato en el que estaban solamente once o doce chicos y tres chicas. Por razones no demasiado claras, a las chicas se las conocía por sus nombres (Lola, María Teresa y Josefa) y a los chicos por los apellidos (Delgado, Faisano, Hillers, Lucía, Mata, Molina, Morón, París, Peco, Valle). La mensualidad costaba 14 pesetas, que sus padres pagaban con apuros a fin de mes.

Según nuestro confidente, “el plan de estudios de 1938 estaría destinado a apartar a las nuevas generaciones del liberalismo pernicioso y educarlas en el nacional-catolicismo”. En cada uno de los primeros cuatro años, en lo que luego dio en llamarse Bachillerato Elemental, se cursaba Religión, Latín, Lengua y Literatura Española, Geografía e Historia de España, Matemáticas (Aritmética, Geometría y Álgebra), Ciencias Naturales, Francés, Dibujo, Educación Física y Formación del Espíritu Nacional. A partir del quinto curso, y hasta el séptimo, se incorporaba un segundo idioma (Inglés o Alemán), además de Griego, Física y Química y Filosofía. El Cálculo se integraba a las Matemáticas y los estudios de Geografía e Historia se ampliaban para incluir Historia Universal.

La educación, en general, era memorista y enciclopédica. En su modesto colegio, al menos, no había actividades extra-curriculares, visitas organizadas o elaboración de proyectos que requirieran investigación.

Como el número de alumnos de Bachillerato era muy escaso se imponía la educación mixta, lo que considera que fue altamente beneficioso para su formación, más aún en aquellos tiempos de cerrazón: “A pesar de la gran influencia que ejercía la Iglesia y los siete años de Religión que incluía el Bachillerato, creo honestamente que la educación que recibí en mi colegio fue muy buena y más bien de corte laico”.

## **Ocio y tiempo libre**

El tiempo de ocio en el Madrid de los 1940-50 era totalmente diferente al que tenemos en nuestros días. En esos años no existían los viajes de vacaciones ni los apartamentos de verano en la playa (la mayoría de los madrileños no la conocían). El espectáculo más frecuentado por los madrileños de la posguerra era el cine.

Había tres tipos de cine: los de estreno, los de reestreno y los de sesión continua. Entre los primeros había varios en la Gran Vía (en el tramo entre la Red de San Luis y la plaza de España) y en ellos se estrenaban todas las películas. Cada película estaba unos seis meses en cartel. Sin embargo las más concurridos eran las salas de cine de sesión continua, de las que había un gran número en cada barrio. En verano, en algunos cines de barrio, las funciones finalizaban con un fin de fiesta que daba la oportunidad de mostrar sus talentos a artistas jóvenes y aliviar la decadencia de algunos consagrados.

El precio de la entrada estaba entre los 0,60 céntimos y las dos pesetas, con lo que se podía ver dos películas las veces que se quisiera (en ocasiones en que se llegaba cuando la película estaba ya empezada, la gente se quedaba a verla de nuevo desde el principio). Los miércoles era el día de las féminas, por lo que el precio en los cines de estreno se rebajaba para las mujeres a 1 peseta.

El teatro era más selectivo ya que el precio de la entrada era superior al del cine. Dentro de este mundo, los productores intentaban atraer al público mediante la contratación de un número determinado de personas para que, a cambio de entradas gratuitas o a bajo precio, aplaudiera y fomentara la asistencia al teatro creando una buena acogida en la opinión pública del momento. Es lo que se conocía como la “clá”, que se hizo muy popular en los años 40-50. La “clá” en sesión vespertina o nocturna (funciones a las 7 y a las 11) era sólo masculina.

Los toros era un espectáculo mucho más selectivo ya que las plazas estaban a las afueras de la ciudad y era más complicado acceder a ellas.

Lugares de ocio de la posguerra eran los cafés, puntos de reunión en los que podían pasarse las tardes de asueto en Madrid. En los cafés más antiguos se repetía la misma decoración: grandes espejos, columnas, lámparas, mesas de mármol blanco con barra de hierro a los pies, diván y gran reloj. En casi todos ellos había un limpiabotas y un cerillero. Las fuentes escritas hablan de la existencia de más de 300 bares en el Madrid de la posguerra. En ellos se incluían cafeterías, bares americanos y cervecerías con pista de baile subterránea en la que se reunían estraperlistas y excombatientes. Según ABC “cada día se abre en Madrid un nuevo café, a cual más cursi”, viéndose a las cafeterías como herederas ilegítimas de los cafés (se decía que proliferaban como una plaga).

En la Puerta del Sol y sus alrededores había numerosos cafés, entre los que destacaban el famoso Café Barceló, el Café Levante, el Café Manila o el Café La India. El primero se encontraba entre el comienzo de las calles Montera y Alcalá, cerca de la farmacia Company, y era famoso por la existencia de chicas de alterne en las salas más interiores. El Café Levante estaba entre las calles Carretas y Espoz y Mina, en el lugar en el que ahora se encuentra Los Guerrilleros, y era famoso por sus salas de billares. La Cafetería Manila estaba en las cercanías de la malograda iglesia de San Luis (incendiada en los primeros días de la Guerra Civil) y era muy concurrida por la gran sala de billares que había. Algo especial era el Café La India, cafetería-pastería de estilo inglés en el que se podía ver a asiduos clientes leyendo el periódico o fumando grandes cigarros puros. Además de todos ellos existían muchos otros, entre los cuales se podría citar el Café Lorencini, situado entre la calle Alcalá y la Carrera de San Jerónimo, muy cerca de la famosa Librería Pueyo.

Uno de los cafés más afamados fue el Café Castilla, reconocido por su galería de caricaturas y sus tertulias literarias. Por él habían pasado personalidades tan conocidas como Ramón y Cajal, Mariano de Cavia, Benito Pérez Galdós, Benavente, el rey Manuel de Portugal o el dictador Primo de Rivera. Muy concurrido también estaba siempre durante estos años era el Café Fuyma, donde se juntaban varios de los altos cargos franquistas vencedores en la guerra.

Algunos de esos cafés sufrieron serios destrozos por los bombardeos: Café Argüelles, Café España, Café María Cristina, Café Colonial o Café Madrid. Otros simplemente terminaron desapareciendo.

En esos años la vida no era fácil para los niños y las niñas del barrio. El paseo de las Delicias era una auténtica barrera para ellos por la peligrosidad que el tráfico rodado presentaba a la hora de cruzar. Por ello era muy frecuente el que los más atre-

vidos buscasen formas de divertimento alternativas como era la visita a los sistemas de alcantarillado o a los túneles del ferrocarril que conectaban esta zona con otras relativamente cercanas como eran Legazpi, Atocha o Embajadores (túneles muchas veces frecuentados por ladrones y delincuentes).

Un momento especial del año en cuanto al ocio se refiere era la Semana Santa. Como signo de religiosidad y recogimiento se suspendía todo tipo de espectáculos lúdicos, por lo que el tiempo libre se empleaba acudiendo a las procesiones, paseando por el parque del Retiro (por supuesto en grupos separados de chicos y chicas) o escuchando la radio en casa.

## **Racionamiento y estraperlo**

Una de las principales características de la España de la posguerra era el racionamiento de los alimentos debido a la escasez y a la autarquía impuesta por el bloqueo internacional. Así surgen las llamadas “cartillas de racionamiento”, documentos familiares en los se controlaba el consumo de productos básicos.

El racionamiento afectaba a multitud de bienes de consumo como eran los alimentos, el carbón, el tabaco (sólo para los mayores de edad), etc...

En el periódico venía cada semana la ración diaria de cada producto (no era siempre lo mismo), los lugares en los que había que hacer cola para conseguirlo (casi siempre en tiendas de ultramarinos). El tendero recortaba los cupones tras la entrega de cada ración, pegándolos con engrudo en sus hojas de contabilidad.

Como nos recuerdan nuestros socios, en función de los ingresos familiares existían cartillas de 1ª, 2ª y 3ª, correspondiendo las primeras a las familias de un nivel económico más alto y las últimas a las que menos recursos tenían. De esta manera la ración que se otorgaba a las cartillas de 1ª era inferior a la de las de 3ª, aunque en todos los casos las cantidades eran escasas y la sensación de hambre era permanente. Para hacernos una idea de las carencias que tenía a diario cada familia podemos decir que de media se contaba aproximadamente con dos hogazas de pan a repartir entre todos.

Los productos más solicitados eran el pan, la leche, el aceite, las legumbres o el azúcar.

El pan que comía la mayoría de los madrileños solía estar hecho de harina de almortas, por lo que tomaba un color amarillento y se endurecía con bastante rapidez. Por ello nos cuenta Paco Soler un chiste muy divertido en el que se mezclaba la situación política vivida durante la época de la Guerra Civil y el momento que ahora tratamos, y que decía así: “Varias señoras se quejaban amargamente en la panadería



del aspecto y la calidad del pan diciendo: “¡Ay, que largo!”; “¡Ay, que miaja!”; “¡Ay, que negrín!”, a lo que el panadero respondía: “¡Señoras! a que vienen ustedes aquí, a comprar pan o a hablar del gobierno”. Es evidente que se están refiriendo a Francisco Largo Caballero, a Juan Negrín y al general Miaja, todos ellos republicanos.

Ante la imposibilidad de conservar la leche en buenas condiciones se utilizaban cántaros cilíndricos de aproximadamente un metro de alto con dos compartimentos en su interior, uno relleno con hielo y el otro destinado al almacenamiento de la leche. Había lecherías en las que se podía comprar leche de varias clases en función de la calidad de la misma, es decir, de lo más o menos aguada que estuviera. En el Madrid de los 40 se solía oír: “Hoy se le ha escapao la mano con el agua”, haciendo referencia a esa manipulación de la calidad de la leche. Según algunos testimonios de la época, existían vaquerías en las que incluso añadían orina para incrementar la urea y dar más sabor, lo cual no era malsano para algunos médicos.

El consumo de carne era muy escaso. La carne congelada que llegaba de Argentina a finales de los 40 y principios de los 50 era muy preciada, por lo que se formaban enormes colas esperando conseguir una ración. A veces, en Madrid, el racionamiento incluía carne procedente de las reses lidiadas en las Ventas la tarde anterior.

El pescado también era bastante raro en Madrid, aunque podía ser adquirido a diario gracias a la llegada de camiones por la carretera de La Coruña. A modo de curiosidad podemos decir que a ésta carretera se la conocía como la “carretera de la muerte” por la alta accidentalidad que tenía al estar frecuentada por camiones que tenían que estar en la Puerta de Toledo a las 6-7 de la mañana, antes de la apertura de los mercados, y por ello hacían el trayecto por la noche desde la costa cantábrica en 12 horas para llegar con el producto fresco.

El diario ABC publicaba el 17 de julio de 1946 que la ración de pan de ese día era de 250 gramos para las cartillas de 3ª, de 200 gramos para las de 2ª y de 150 gramos para las de 1ª; cada persona podía comprar 2 kilos de patatas a 1,55 pesetas el kilo y 20 kilos de carbón. Como excepción había algunos días en los que el gobierno ordenaba la entrega de doble ración. Es el caso del día 1 de abril de 1944, en el que celebrando el quinto aniversario de la toma de la capital, quienes pudieron pagarlo y recogerlo se llevaron 400 gramos de aceite, 500 de azúcar, 250 de arroz, 250 de pasta para sopa, 100 de bacalao y 4 kilos de patatas. Muchas familias no pudieron aprovechar todos los cupones de abastecimiento por el peso de raciones de 3 o 4 miembros de familia o por la falta de tiempo al tener que pasar en la fila la mayor parte del día.

A los pueblos de las afueras de Madrid se les cobraba además impuestos extras como el “aforo municipal” o los “gastos de transporte” por ir por carretera.

La inanición y la falta de proteínas era la causa fundamental de la elevada mortalidad. Entre las enfermedades más comunes relacionadas con el racionamiento hay que hablar de la tuberculosis, que se trataba a base de copiosas raciones diarias en las que era recomendable el consumo de jamón serrano.

En muchas casas madrileñas se comía cocido todos los días laborables. El domingo, paella. El cocido se convirtió en sinónimo de vulgar, como si careciese de caché. Se utilizaban expresiones despectivas como “huele a cocido” o “este guiso está agarbanzado”, demostrando el desprecio por lo que ahora es el plato de los domingos en muchos hogares de la capital.

A modo de chiste, existían en Madrid ciertos alimentos a los que se les denominaba de forma especial. Así los caracoles eran para ellos “langostas de jardín”, las patatas, por su poder alimenticio, “chuletas de huerta”, la mojama era “salchichón de mar”, mientras que los trozos de bacalao se conocían como “soldaditos de Pavía.

### *Estraperlo*

Las raciones eran bastante escasas (por ejemplo la de patatas no pasaba de 200-300 gramos), por lo que la alimentación diaria tenía que completarse con el estraperlo (mercado negro que negociaba con productos no controlados por la Comisaría de Abastos). Los precios oficiales eran alterados por los que se ponían en el mercado negro.

En cada bloque de viviendas de la capital solía haber uno o varios estraperlistas, protegidos casi siempre por sus vecinos ante cualquier inspección policial. En caso de tener una visita inesperada era común ver como todo tipo de paquetes pasaban de ventana en ventana para que la mercancía no fuese requisada.

Muy típicas eran las mujeres que se apostaban en las puertas del “Metro” madrileño para vender los famosos “chuscos”, barras de pan blanco que en muchos casos eran el resultado del negocio que hacía algún alto cargo del Ejército al vender las raciones de los soldados a los que, a propósito, se les había dado permiso de fin de semana. En este sentido cuenta Paco Acebes que circulaba en esas fechas un dicho que decía:

*Padre nuestro que estás en El Pardo y te llamas Franco  
Santificado sea tu nombre si nos das pan blanco,  
Venga a nos el aceite que se están llevando,...*

También solía ser bastante habitual el trasiego de productos de estraperlo por parte de ferroviarios. La cesta en que llevaban comida y alguna muda cuando salían de servicio volvía cargada de productos de estraperlo adquiridos en las zonas rurales.

Tenían fácil el acceso a Madrid, cosa que no ocurría con las estraperlistas (muchas de ellas viudas de guerra) que tenían que ocultar la mercancía para que no fuese requisada por la guardia civil. Así que frecuentemente los trenes que llegaban a Atocha iban soltando fardos conforme se iban acercando y aminorando la marcha para que los recogieran familiares apostados junto a las vías.

El estraperlo era una actividad perfectamente consentida, ya que el gobierno sabía que sin él muchas familias no hubieran tenido posibilidad de sobrevivir. La normalización del estraperlo llegaba a ser tal que los que manejaban este “mercado alternativo” pagaban impuestos indirectos a cambio de no ser denunciados por los agentes del Régimen. En realidad eran grandes terratenientes o los mismos altos dignatarios los primeros beneficiados del estraperlo, ya que eran los que controlaban la producción y proporcionaban la materia prima a los vendedores. Como resultado de este tráfico ilegal se hicieron grandes fortunas, gracias a las cuales pudieron comprar fincas, negocios o los famosos “haigas” (coches de importación únicamente al alcance de unos pocos).

Incluso la Panificadora Madrileña, que era una empresa estatal, se dedicaba a vender parte de su producción en el mercado negro como quedaría demostrado en los años 50.

En este sentido en muchas ocasiones la policía jugaba con el poder con el que contaba, “sacando tajada” doblemente. El negocio consistía en presentarse de paisano para ofrecer a un comprador el producto de contrabando, presentándose inmediatamente después a pedirle otra cantidad a cambio de no denunciarlo por estraperlista.

## **Hábitos y costumbres.**

### **Algunas curiosidades del Madrid de los 40**

El Madrid de los años 40 era el Madrid de las vendedoras de violetas, de los chiquillos ofreciendo agua de botijo en los tórridos días de julio a las puertas de las Ventas, el de las castañeras en los puestos invernales de las esquinas de las calles céntricas o el de las tiendas de helados modernas que ya competían con los tenderetes de refrescos que ofrecían agua de cebada, “polos” (hielo granizado), horchata y limón helado.

En esos años aún se usaban los tradicionales mecheros, es decir, aquellos encendedores de rabo largo y amarillo, con nudos y adornos que alumbraban la yesca con la mecha accionando la rueda con un golpe seco a mano abierta. Sin embargo ya tenían que convivir con modernos encendedores que funcionaban presionando un botón o

mediante la fricción de dos ruedecillas. La gasolina quedaba almacenada en la parte inferior, asegurando la combustión.

Eran tiempos en los que la Brigada de Costumbres perseguía a los novios que iban al Retiro o a la Ciudad Universitaria a besarse o a tomarse de la cintura: “no hemos ganado una guerra para esto”, decían los más exaltados. Sin embargo no se perseguía la corrupción mercantil ni a los que eran calificados como “héroes de la Cruzada” y que se enriquecían con los beneficios del estraperlo.

Fernando Fernán Gómez, en su obra *Madrid, ciudad ocupada*, habla la existencia de dos grupos bien diferenciados como eran los vencedores y los vencidos, del luto que había en los hogares por los familiares muertos, de la tristeza por los presos o los exiliados, de las cartillas de racionamiento o de la ausencia de otros nombres extranjeros en los establecimientos que no fueran o alemanes o italianos. Eran relativamente habituales las restricciones de luz y de agua como los que se produjeron durante unos meses desde el 6 de mayo del 1945, desde las 9 de la mañana hasta las 9 de la noche, dos días a la semana. El alumbrado de los escaparates estaba prohibido, lo mismo que el trabajo de motores eléctricos de 8 de la noche a 8 de la mañana, debiéndose reducir el consumo de bares y restaurantes al 25% y el de las casas a la mitad. Todo ello era debido, según el diario *Arriba*, a “la pertinaz sequía que sufría el país por esas fechas”, mientras que las fuentes oficiales lo achacaban a las consecuencias de la guerra mundial.

Tomando como índice 100, la inflación en Madrid pasó en sólo un quinquenio al 173. La renta per capita estaba en 5.401 pesetas de media, mientras que en 1935 era de 8.520 pesetas. Los taxis funcionaban con gasógeno por la falta de combustible.

Sin embargo los problemas no afectaban a todos por igual. En el ejemplar de *ABC* del 4 de julio de 1944 se anunciaba la fiesta organizada por la duquesa de Montoro en su palacio madrileño o la presentación de Carmencita Franco Polo en la residencia de El Pardo. Para demostrar la buena fe de los anfitriones el diario ponía en conocimiento la comida que al día siguiente se ofrecería en el Asilo de los Desamparados, en la que hubo quien dijo que se repartiría las sobras de la cena de la noche anterior.

Por todo ello, en el Madrid de los 40 se solía decir, no sin razón y con algo de chauvinismo: “quien no ha vivido en Madrid antes del 36 y en Europa antes del 39 no sabe lo que es vivir”.

Para finalizar podemos decir que en los años 40 Madrid estaba ocupado por más de un millón y medio de personas. La enorme llegada de inmigrantes procedentes de todos los puntos del país va a hacer que esa cifra aumente vertiginosamente, hasta

que, como decía Antonio Machado, “Madrid no sea más que el rompeolas de todas las provincias”. Las pocas oportunidades que daba la vida rural en los años de posguerra llevan a muchos españoles a emigrar hacia las ciudades, y uno de los principales destinos va a ser Madrid. El escaso poder económico de la mayor parte de los recién llegados les lleva a buscar cobijo en las casas de familiares o paisanos, cosa que no siempre es posible. Ante la falta de viviendas dignas en el Madrid de la posguerra comienzan a aparecer concentraciones de infraviviendas en zonas periféricas de la ciudad que pronto se convertirán en focos de miseria y enfermedades preocupantes para toda la ciudad. Alberto Alcocer intenta frenar la formación de barrios marginales, estudiando la puesta en marcha de un plan urbanístico que adecentase el extrarradio y que acondicionase a su vez el cauce del Manzanares a su paso por la ciudad. Mediante un sistema de embalses y presas se pretendía devolver la vida al río, cosa que en nuestros días parece que se intenta repetir.

## **Alcaldes de Madrid durante los años 40-50**

**Alberto Alcocer (1939-1945).** De origen vasco, ya había sido el primer alcalde de la dictadura de Primo de Rivera (1923). Desde los primeros momentos de la Guerra (octubre de 1936), Franco le nombra alcalde de Madrid.

La llegada de Alberto Alcocer a la alcaldía de Madrid tiene lugar el 30 de marzo de 1939, sólo dos días después de la entrada de las tropas franquistas a la capital. Su tarea fundamental se centra en la reconstrucción de Madrid, para lo que tiene que administrar los pocos recursos que han quedado después de finalizar la guerra o los primeros que llegaban de fuera. La puesta en marcha de los servicios, la retirada de los escombros esparcidos por las calles o la emisión de las cartillas de racionamiento fueron los objetivos primordiales de la Alcaldía durante los primeros meses de la posguerra.

A pesar de que muchos veían en Madrid una ciudad maldita, ocupada durante tres años por la “canalla roja” y, por ello, inmerecedora de ostentar el título de capital de la España de Franco, la decisión del Caudillo fue la de mantenerla como ciudad más importante del país y reconstruirla ahora bajo los designios del nuevo régimen. Como capital que seguía siendo, Madrid fue la sede de las grandes celebraciones y los desfiles militares de más resonancia. Uno de ellos fue el Desfile de la Victoria que tuvo lugar en la Avenida del Generalísimo (actual Castellana) el 19 de mayo de 1939. En él participaron 250.000 soldados, junto con 3.000 camiones, 1.000 vehículos con cañones y 3.000 ametralladoras, lo que produjo serios daños en el firme de dicha avenida. Según los cronistas del momento, el desfile fue presenciado por más de un millón de personas.

Dentro del espíritu nacional impuesto por el Régimen, uno de los decretos de Alcocer prohíbe la utilización de vocablos extranjeros en rótulos o carteles que anuncien cualquier tipo de negocio. En el periodo de un mes, el cine Capitol pasa a ser cine Capitolio. En estos años, y en ese ideal de puritanismo a ultranza, queda prohibida la celebración de las fiestas de Carnaval. Los censores trabajaban a destajo controlando la correspondencia telegráfica (especialmente la internacional), la producción de los periódicos, las emisiones de radio y la difusión de películas, sobre todo las que llegaban del extranjero.

Los graves problemas sanitarios por los que atraviesa Madrid durante los inmediatos años de posguerra se van a ver reflejados en la precariedad de medios con los que cuentan los hospitales, en las graves deficiencias en el trato de heridos de guerra y de enfermos cotidianos o en la propagación de epidemias tan perniciosas como la de tifus exantemático del año 1942. Las malas condiciones higiénicas en las que vivía la mayor parte de la población creaban un caldo de cultivo perfecto para la propagación de esta enfermedad. Los síntomas eran similares a los de la gripe (fiebres altas y estupor), que luego eran acompañados por erupciones en la piel de un color rojo intenso (exantemas). Se transmitía por medio de la picadura del llamado “piojo verde” propagado por la rata y que, sin un tratamiento adecuado, producía la muerte en el 20% de los casos. En Madrid, en ese año, de los cerca de 2.000 registrados, la cifra de muertos alcanza los 170 (es decir, un 8,5 %).

La escasez de petróleo hacía que los coches se moviesen consumiendo gasógeno (gas producido por la combustión de carbón y leña). Para ello se instalaba un remolque en la parte posterior del vehículo muy característico en aquellos años de posguerra. Resultaba curioso ver el chisporroteo de la caldera cuando oscurecía...

La moral pública sigue siendo un asunto de primer orden. A pesar de los rigores del verano de 1943, el alcalde recuerda que “el traje de baño femenino debe llevar faldilla mientras que el del hombre debe prolongarse hasta los hombros”.

Una de las pocas noticias halagüeñas de estos años 40 en Madrid es la llegada de la penicilina. Financiada por el gobierno brasileño, Amparito Peinado, de 4 años de edad, se salva de una grave infección que la afectaba gracias al tratamiento de penicilina que se le aplica.

Los trabajos de reconstrucción de Madrid llevan un ritmo lento pero continuo. El primer día de 1945 el Ayuntamiento publica los trabajos que han sido realizados desde el final de la guerra, destacando el asfaltado de calles, la retirada de escombros o la reparación de edificios.

En mayo de 1946 Alberto Alcocer abandona la alcaldía de Madrid.

**José Moreno Torres, Conde Santa Marta del Babio (1946-1952)** es nombrado alcalde de Madrid en mayo de 1946. Su fase de gobierno va a ser una de las más largas de todo el franquismo y está marcada por la autarquía impuesta por el aislamiento internacional y el racionamiento de todo tipo de bienes. La llegada masiva de población procedente de las zonas rurales va a agravar el problema de la falta de vivienda, por lo que siguen surgiendo nuevos barrios chabolistas.

Uno de los rasgos más característicos del alcalde José Moreno es su extremo cuidado por el cumplimiento de las normas de comportamiento público. El modo de vestir aparecía como uno de los asuntos a tener en cuenta ya en uno de los primeros bandos de su mandato, amenazando a aquellos que vayan en mangas de camisa o que no lleven corbata en las salas de fiesta. En el 1947 obliga a los taxistas madrileños a vestir completamente uniformados (gorra de plato incluida), moda ésta del uniforme muy extendida por todos los cuerpos tanto del Estado como de otras entidades privadas. En su afán por regularizar la indumentaria de los trabajadores que estaban a la vista del público, al final de su mandato llega a obligar a los limpiabotas a trabajar aseados y uniformados, ubicándose en alguno de los 300 puntos fijados para ellos y poniendo el precio de su servicio en una parte visible de sus cajas. Los decretos publicados por el alcalde Moreno iban por supuesto acompañados de posibles sanciones en el caso en que faltase alguna de las prendas anteriormente descritas o fuesen mal utilizadas.

Otra de las primeras medidas que se toman durante estos seis años de alcaldía va a ser la reapertura de la Casa de Campo. Los trabajos de limpieza de esta zona, que había sido durante la Guerra Civil uno de los frentes más activos de la ciudad, habían finalizado. Sin embargo, las estrictas normas de utilización de esta zona verde hacen de ella un lugar prohibitivo para muchos madrileños. Los horarios eran sólo diurnos (desde las 9 de la mañana hasta la puesta de sol), con lo que la gran mayoría de la población sólo podía disfrutarlo en días de descanso. Cuando se abre la Casa de Campo sólo se permite el acceso a algunas zonas en las que se han limpiado las minas colocadas durante la Guerra (había profusión de carteles indicando que las zonas acotadas estaban minadas).

Ese mismo año de 1946 fue uno de los más duros para España y, en especial para Madrid. Los acuerdos de la ONU habían llevado a los gobiernos de prácticamente todo el mundo a repatriar a todos sus representantes, por lo que sólo quedaban el nuncio papal, el embajador de Portugal y algunos diplomáticos irlandeses y suizos. El 9 de diciembre de ese mismo año se convoca una de esas manifestaciones que tanto gustaban a Franco en la plaza de Oriente, en este caso contra dichos acuerdos y contra el aislamiento internacional que sufría el país por el tipo de régimen impe-

rante y por el apoyo indirecto a las potencias que habían salido derrotadas de la II Guerra Mundial.

A modo de curiosidad se puede decir que durante el verano de 1947 José Moreno suprime el funcionamiento de los semáforos para evitar que los peatones sufriesen lipotimias durante su espera al sol. A pesar de lo que pueda parecer, el menor número de vehículos circulando por la capital (mermado aún más en esos días por las restricciones de gasolina) no supondrían un serio problema en la circulación de la ciudad.

Estos son los años de la construcción de grandes edificios como el Edificio España de la plaza de España. Se estaba empezando a edificar sobre los solares generados por las bombas de la Guerra Civil. En la periferia se levantaban casas baratas con la intención de frenar el surgimiento de barrios de infravivienda. El control municipal sobre estas construcciones era muy escaso, permitiéndose el uso de todo tipo de formas arquitectónicas y de materiales de construcción. En muchas ocasiones la concesión de licencias de obra que no cumplían los requisitos que marcaba la ley era conseguida con la compra de un funcionario por menos de 200 pesetas. Aún costaba menos en el caso de que el constructor tuviese contactos en las altas esferas del régimen, o incluso estuviese integrado dentro de él. En este caso, problemas como la obtención de cemento o hierro no constituían ninguna dificultad, levantándose moles de hormigón armado que hoy provocan un fuerte impacto visual en la ciudad.

En el año 1948, dando continuidad a la idea de Alberto Alcocer de acondicionar el cauce del río, comienzan las obras de canalización del Manzanares. A pesar de todo ello, dos años más tarde se publica un bando en el que se prohíbe el baño de los madrileños en el río debido al estado putrefacto de las aguas y el riesgo que esto conlleva para la salud pública.

El tráfico de la Puerta del Sol obliga a reorganizar la circulación y a hacer cumplir en ella las normas de tráfico, tanto a los automovilistas como a los peatones. Se prohíbe el paso de tranvías por la plaza y se multa a los que viajan subidos en los topes (parachoques) con 2 pesetas.

El Madrid de finales de los años 40 comienza a salir de la crisis. A pesar de que los salarios aún estaban un 25% más bajo que antes de la guerra y que seguían faltando ciertos alimentos, la llegada desde EE.UU. de mantequilla y leche en polvo ayuda a paliar el hambre.

El último año de Moreno Torres como regidor de la Villa es bastante positivo. A la llegada de más alimentos procedentes del extranjero hay que añadir la liberalización primero de la venta de pan de 250 gramos a 1,50 pesetas la pieza a lo que sigue la de aceite, carne de oveja y carne de cerdo. El 16 de mayo de 1952 se anuncia el final



de las cartillas de racionamiento que, a pesar de haber sido una medida temporal, habían estado en funcionamiento durante algo más de una década.

Para finalizar con el periodo de gobierno de José Moreno Torres se puede decir que el balance de su alcaldía fue positivo. Bajo su mandato se promueve la construcción de viviendas baratas y se ordena el tráfico del centro de la ciudad. A pesar de todo, en Madrid seguían viviendo más de 6.000 familias en chozas, cuevas o viviendas en ruinas, y la llegada de emigrantes no dejaba de crecer.

**José Finat y Escrivá de Romaní**, conde de Mayalde (1952-1965). Antes de ser nombrado alcalde ya había sido gobernador civil de Madrid (justo después de la guerra), director general de Seguridad y embajador de España en Berlín.

En los primeros años como alcalde de la ciudad Mayalde manifiesta una preocupación por la mejora de las vías de comunicación y por la resolución de las bolsas de pobreza de los alrededores. Si la política nacional no lo impedía, sus objetivos eran reducir el desequilibrio social y urbanístico en Madrid, para lo que solicita 100 millones de pesetas como compensación por gastos de capitalidad. Una de sus grandes obsesiones fue la reducción de la contaminación acústica, sobre todo la nocturna y la de la hora de la siesta. Durante su mandato se controla el uso de bocinas, de aparatos de radio y el ruido de los tubos de escape, aunque los bandos tardan poco en incumplirse.

En 1953 se abre la autovía hasta el aeropuerto y tiene lugar la construcción del Puente de Praga. Poco después comienzan las obras del primer tramo de la avenida del Abroñigal (futura M-30) y se inaugura el Parque Deportivo Sindical de Puerta de Hierro (con la piscina más grande de Europa conocida como “la charca del obrero”).

Dentro de esta alcaldía tiene lugar la subasta del solar en el que luego se edifica la Torre de Madrid. José María Otamendi se impone en dicha subasta a Manuel Ezequiel de Pablos, pagando una suma de 18,5 millones de pesetas.

En 1956 uno de los focos chabolistas más importantes es el Pozo del Tío Raimundo, que cuenta con más de 4.000 infraviviendas donde conviven alrededor de 20.000 personas, entre payos y gitanos. Casi todos ellos procedentes del sur del país, Andalucía, Castilla La Mancha y Extremadura fundamentalmente. Allí ha llegado el padre Llanos, quien construye una iglesia y forra sus paredes con fotos de santos y de personajes famosos en el barrio como, por ejemplo, Lola Flores, Juanito Valderrama o Antonio Molina. Allí se celebraba una especie de elecciones para elegir al propio alcalde del barrio, puesto para el que fue elegido Horacio González, ex condenado a muerte por su afiliación al PCE que queda por encima de uno de los

pocos falangistas que vivían con ellos. El franquismo no quería saber nada de este barrio chabolista, ya que pensaban que era un foco de “rojos”. La presencia de un cura allí que impedía el derribo de chabolas lleva al mismo Franco a querer visitar el Pozo, pero ese día el padre Llanos decide llevarse a todos los jóvenes de excursión a Guadarrama. El conde de Mayalde también visita el barrio en 1956, siendo recibido por el alcalde del Pozo. Lo que ve le deja perplejo.

También aumentan los problemas con el tráfico urbano, en un momento en el que circulan por Madrid alrededor de 160.000 coches (muchos de ellos ya Seat 600). Se plantea la posibilidad de construir un gran túnel bajo la avenida de José Antonio y la excavación de aparcamientos subterráneos en la plaza del Rey y las calles de Fuencarral y Hortaleza.

En cuestiones sanitarias es importante el comienzo de las campañas de vacunación contra la poliomielitis.

En 1959 Madrid alcanza los dos millones de habitantes. El alcalde decide apadrinar a la niña que ha cumplido ese número, concediéndoles a los padres un piso en propiedad. Sin embargo, Mayalde observa atónito como otros muchos madrileños siguen viviendo en unas condiciones infrahumanas en nuevos poblados de miseria: el Cerro del Tío Pío, el Tejar de Luís Gómez, Las Carolinas, Entrevías,.... Su situación sólo puede ser mejorada con la entrega de mantas y algunos alimentos, mientras que en el Madrid del consumismo comienza la moda ye-ye.

El año 1960 es el año en el que se inaugura el Palacio de los Deportes y se reforman la Plaza del Callao y el monumento a Calvo Sotelo de la Plaza de Castilla. Sin embargo también es el año en el que se incendia una fábrica en Puente de Vallecas en la que mueren 23 obreros.

## **Cronología**

### **1939**

28 de marzo. Las tropas franquistas entran en Madrid.

30 de marzo. Alberto Alcocer es nombrado nuevo alcalde de Madrid.

1 de abril. Fin de la Guerra Civil Española.

### **1940**

La población de Madrid supera el millón de habitantes. Comienzo de la fase de la Autarquía. Inauguración del Museo Naval, de la Bolsa y de El Corte Inglés.

## **1941**

Creación del Instituto Nacional de Industria (INI). Fundación de RENFE. Inauguración del hipódromo de la Zarzuela. Salida de la División Azul para combatir en el frente ruso. El Ayuntamiento de Madrid compra la finca de Tres Cantos en lo que luego será el municipio que hoy lleva su nombre. Inauguración del Hipódromo de la Zarzuela, que vino a sustituir el que se encontraba en los Altos de la Castellana. Comienzo de la actual Obra Sindical del Hogar.

## **1942**

Plan General de Ordenación Urbana (Plan Bigador). Construcción del mercado de Maravillas. El 28 de marzo se inaugura el nuevo viaducto de la calle Segovia (lugar elegido frecuentemente por quienes querían quitarse la vida). La plaza del Progreso pasa a llamarse plaza de Tirso de Molina. Epidemia de tifus exantemático.

## **1943**

Instauración de las cartillas de racionamiento. Se extiende el fenómeno del estraperlo.

El día de 12 de octubre de 1943 tiene lugar la reapertura de la Ciudad Universitaria. Los serios daños sufridos por las facultades durante los casi tres años que duró la guerra habían obligado a su arquitecto a retomar las obras, por lo que se inicia el nuevo curso académico sólo en algunas de las carreras.

Se abre la línea 4 de metro entre las estaciones de Argüelles y Goya. Inauguración del Museo de América. En el parque del Retiro se instalan más de 300 bancos.

Los cortes de electricidad son habituales. Las carencias energéticas obligan a la prohibición de carteles luminosos o al recorte de la iluminación de escaparates

## **1944**

Construcción de la cárcel de Carabanchel. Ordenación urbana de Madrid y sus alrededores. Ley por la que se aprueba el Plan General de Ordenación Urbana de Madrid. Se terminó de construir el edificio de las antiguas Galerías Preciados en Callao.

## **1945**

Restauración del Parque de Oeste. Nueva Ley de Régimen Local

## **1946**

José Moreno nombrado nuevo alcalde de Madrid. Retirada de la mayoría de los embajadores de la capital por la condena de la ONU al régimen de Franco. Manifestación de apoyo al régimen en la Plaza de Oriente. Reapertura de la Casa de Campo.

## **1947**

Restricciones eléctricas en Madrid. Construcción del Estadio de Chamartín.

## **1948**

Comienza el proceso de anexión de los municipios próximos a Madrid que no terminará hasta 1954 con la incorporación de Villaverde.

El Ayuntamiento decide la compra de la finca de La Quinta y la de la Fuente del Berro a los herederos de Alfonso XIII para abrirlo al público como parque.

## **1950**

La población de Madrid alcanza el millón y medio de habitantes. Franco inaugura la I Feria del Campo en los recintos de la Casa de Campo acondicionados para ello. Madrid llega al millón y medio de personas. Una orden de esa época indica que los coches deben aparcar siempre en la acera de la sombra, con lo que el Ayuntamiento se evita colocar carteles informativos.

## **1952**

Comienza a circular el biscuter.

## **1953**

Se inaugura el Parque Deportivo Sindical

## **1956**

Se calcula que hay en Madrid en torno a 50.000 chabolas

## **1957**

Nueva Ley del Suelo. Plan de Urgencia Social para Madrid. Construcción de “pobladillos dirigidos” para recibir a la inmigración.

## **1959**

Madrid alcanza los dos millones de habitantes. Plan de Estabilización Económica.

## **1960**

Hay en Madrid 143.000 vehículos a motor, de ellos 67.000 son coches.

## CUADERNOS DE U.M.E.R.

- Nº 1: "Hablar y Callar". Pedro Laín Entralgo
- Nº 2: "Historia de la Biología Molecular en España". Margarita Salas
- Nº 3: "Envejecimiento". Alberto Portera Sánchez
- Nº 4: "Los Mayores: cómo son". Enrique Miret Magdalena
- Nº 5: "Reflexión cristiana sobre la ancianidad". José María Diez Alegría
- Nº 6: "Los médicos y las humanidades: Marañón ante la Historia". Mariano Turiel de Castro
- Nº 7: "Guernica". José Veguillas Larios
- Nº 8: "Vicisitudes dramáticas de "El Abuelo". M<sup>a</sup> de los Ángeles Rodríguez
- Nº 9: "Curso monográfico: cuatricentenario de Velázquez". Carmen Díaz Margarit.  
Carmen Pérez de las Heras. Alberto Portera
- Nº 10: "Contenido mental, salud y destino". Víctor López García
- Nº 11: "Aula para Mayores, Universidad de Granada". Miguel Guirao
- Nº 12: "Los programas universitarios para personas mayores en España". Norberto Fdez. Muñoz
- Nº 13: "Rumanía: un país de raíces latinas". Inés P. Arnaiz Amigo
- S/N: Memoria de la "UMER", Universidad de Mayores Experiencia Recíproca, 1994-1999
- Nº 14 bis: "Historia y memoria de los niños de la guerra (en el siglo XX)". Alicia Alted Vigil
- Nº 15: "Aspectos Históricos y Literarios de la Gran Vía". Ana Isabel Ballesteros Dorado
- Nº 16: "Las cooperativas y las personas mayores". Rafael Monge Simón
- Nº 17: "Los Mayores y la solidaridad". Padre Ángel García Rodríguez
- Nº 18: "Mujeres españolas del siglo XX. María Zambrano". Carmen Pérez de las Heras
- Nº 19: "Mujeres españolas del siglo XX. María Moliner". Carmen Pérez de las Heras
- Nº 20: "Los fines de la educación". Aurora Ruiz González
- Nº 21: "1999: Año Internacional de los Mayores". Norberto Fernández Muñoz
- Nº 22: "Poesías". Felicitas de las Heras Redondo
- Nº 23: "Consentimiento informado". Manuel Taboada Taboada
- Nº 24: "Aproximación a Edgar Neville y su cine". M<sup>a</sup> de los Ángeles Rodríguez Sánchez
- Nº 25: "Xavier Mina: un liberal español en la independencia de México". Manuel Ortuño Martínez
- Nº 26: "La verbena de la Paloma. La modernidad de su libreto". Ana Isabel Ballesteros Dorado
- Nº 27: "Breve ronda de Madrid". María Aguado Garay
- Nº 28: "Una televisión "de" y "para" los mayores. ¿Otra utopía posible?". Agustín García Matilla
- Nº 29: "A mis 90 años: Por un optimismo razonable". Enrique Miret Magdalena
- Nº 30: "Memoria de la Universidad de Mayores Experiencia Recíproca "UMER" de 1999 a 2004"
- Nº 31: "Larra entre líneas; los diarios ocultos". María Pilar García Pinacho
- Nº 32: "Recuerdo y desagravio a León Felipe". Mariano Turiel de Castro

- Nº 33: "El origen del hombre". Maria Almansa Bautista
- Nº 34: "Rosario Acuña: más allá de una estética feminista". Carmen Mejías Bonilla
- Nº 35: "Cervantes, el Quijote y Madrid". Fidel Revilla
- Nº 36: "Contando cuentos...". Enrique de Antonio
- Nº 37: "Cómo mejorar el rendimiento mental con una nutrición adecuada". Víctor López García
- Nº 38: "El Madrid de la Segunda República". Feliciano Páez Camino
- Nº 39: "Posibilidades de futuro de la Biotecnología". Alfredo Liébana Collado
- Nº 40: "Mujeres: del voto femenino a *Nada*". Carmen Mejías Bonilla
- Nº 41: "El Madrid de la posguerra". José Ángel García Ballesteros y Fidel Revilla González